

Mika Waltari: finlandés en Egipto



ILUSTRACIÓN: SERGIO BORDÓN

Nadie había tratado a Egipto con tanta seguridad y desenfado para acercarnos a su historia, dice el autor. A propósito del centenario del natalicio de Mika Waltari, el siguiente ensayo es una relectura de *Sinuhé, el egipcio*, una de las grandes novelas del siglo XX. **TEXTO: JUAN JOSÉ RODRÍGUEZ**

Hay escritores misteriosos que, a pesar de haber sido en su momento leídos y admirados a escala global –incluso hablando de eras anteriores a la globalización–, en menos de un siglo se han vuelto patrimonio de una misteriosa y secreta élite. Son autores casi clandestinos, reconocidos por una extraña secta de quienes los leímos gracias al consejo de los abuelos, el hallazgo en la librería de segunda o la referencia interpolada de escritores más mediáticos.

Por allá por los cincuenta, la gente leía novelas de médicos. En un tiempo anterior a las vacunas y los seguros sociales, los doctores eran los apóstoles cotidianos. Progresaron en ese entorno libros como *La ciudadela* del inglés A. J. Cronin o *La historia de Saint-Michel* del sueco Axel Munthe, noveladas y memoriosas historias de galenos.

La otra gran novela de médicos que fue leída y citada por décadas

fue *Sinuhé, el egipcio*, del finlandés Mika Waltari (Helsinki, 19 de septiembre de 1908-26 de agosto de 1979). Poco se supo de él en su momento. Se ha vuelto referencia porque vivió un episodio, bastante raro para su época, pero que hoy en día es más común de lo que parece: pasó varias temporadas en clínicas contra el alcoholismo.

Waltari llega a su centenario en medio de un aire de renovación. Hay quienes afirman que sus libros traslucen el desencanto de la posguerra de 1945, ambiente que sienten vivir en la Europa actual. De lo que no hay duda es que su literatura transpira un suave dejo de melancolía.

Para ciertos lectores, Mika Waltari es autor de un solo libro. *Sinuhé, el egipcio*, vasta y faraónica construcción verbal, llevada en su momento a la pantalla, con el rostro de Victor Mature y la estética de Hollywood. La cinta tuvo gran eco en ese tiempo ampuloso de

superproducciones, donde la antigüedad era recreada con un tono digno de las Santas Escrituras. Grandes salas cinematográficas, con telón rojo y cadena dorada junto a la taquilla, repitieron en la pantalla rectangular las visiones generadas por la mente de Waltari, quien obtuvo así verdadera fama universal.

La fascinación por este libro arraigó más en la cultura masiva porque la historia cobró eco en uno de los instrumentos sociales de la época: el cómic populachero. En México también fue posible que el público conociese tanto las lecciones de vida como la educación sentimental de Sinuhé gracias a una adaptación distribuida en puestos de revistas. Incluso una frase de Sinuhé fue adoptada por la filosofía popular como moraleja de urgencia, ya que los libretistas le hicieron repetir, a la menor provocación, una misma frase didáctica, a la manera de las máximas que Kalimán, otro de sus contemporáneos en ese campo.

El médico en el Nilo

¿Novela río o novela fundacional? La historia fluye como la corriente del Nilo, salpicando con su trama dinastías y petrificados mosaicos que cobran vida, no iluminados por la antorcha de Howard Carter, pero tampoco con los reflectores multicolores de Cecil B. De Mille. Aquí la vida bullente de mercado y la espectral intriga palaciega adquieren identidad propia sin amaneramiento, al grado que los apologistas de su momento gustaron de preguntarse si Waltari habría viajado a través del tiempo o encarnaba a un inmortal que confesaba sus vivencias. Nadie había tratado a Egipto con tanta seguridad y desenfado. Ahí radica parte del secreto de su veracidad.

Al elegir la infancia del personaje como punto de partida, el autor permite que junto a él

aprendamos, poco a poco, el ruido y la vanidad del mundo que se despliegan ante él. Waltari sabe disimular su erudición y no nos atosiga de golpe con descripciones de ceremoniales de la rutina diaria, ni se demora en explicarnos las diferencias entre la Casa de la Vida o los pasos necesarios para momificar un cuerpo... esos se comentarán, ya con amplitud, durante la etapa en que Sinuhé se ve obligado a trabajar como empleado funerario.

Además de la biografía de Sinuhé, médico egipcio con especialidad en trepanaciones y capaz de darle bebedizos de tinta a los hipocondriacos pudientes, Mika Waltari toca un punto nodal de la historia de la humanidad. El momento en que el faraón Akenatón, por decreto autocrático, cancela la adoración del desquiciado y multiforme panteón egipcio para adoptar la creencia en una sola deidad invisible, un solo dios para todo y para todos, varios siglos antes que Abraham, Moisés y Mahoma. Vemos aquí la rebeldía de la ciudadanía que no acepta ser despojada de sus creencias, así como el sentido pragmático de una élite gobernante, la cual se sabe amenazada por el irresponsable golpe de timón del poder ejecutivo. Si hoy la gente se amotina cuando se habla mal de un santo, imagine Usted hace miles de años, al dinamitarse a varios dioses.

La novela presenta una forma bastante tradicional. No arriesga en cuanto a proezas novedosas de técnica narrativa o el flujo de la conciencia, elementos bastante en boga durante el tiempo de su escritura. Conservadora, sin detenimiento gráfico en las relaciones sexuales, aporta un tema bastante inédito en proyectos de su calibre: el personaje principal no sirve como amante y a lo largo de su solitaria existencia padece de las consecuencias de esa fisura. La vida le compensa dándole la oportunidad de

estar de cerca en los momentos claves de la historia egipcia, tratándose de tú con faraones, generales y concubinas. Waltari deja a la imaginación de los lectores el detalle preciso que vuelve a Sinuhé un deficiente para las relaciones sexuales, aunque le permite tener algunas comprensivas amantes que siempre lamentan esa falla fisiológica –o quizás de simple pericia. Incluso una de ellas era una atlética practicante de tauromaquia acrobática en la laberíntica Creta.

El mérito de narrar

Quizás *Sinuhé, el egipcio* sea la gran novela que le hizo falta en el siglo XIX a Escandinavia, esa encrucijada erizada de témpanos y ventiscas alzada entre los narradores rusos y la placidez victoriana, aliviada por la música de Sibelius. Tal vez un novelista como Víctor Hugo o el propio Flaubert hubieran llenado el corpus narrativo con disgresiones inevitables en la época. Eso no le quita a Mika Waltari su papel de gran novelista del siglo XX por su decidida vocación por narrar, recrear un mundo perdido de la nada y, además, poseer un mérito que demasiados autores olvidan: dedicarse con pasión a narrar y a narrar, sin preocuparse de que la sencillez de su estilo pueda ser denostada por académicos, teóricos de la literatura o sus propios y siempre despiadados colegas. Escritores como Mika Waltari seguramente siempre tendrán los más verdaderos y fieles lectores. •

JUAN JOSÉ RODRÍGUEZ

Mazatlán, 1970. Escritor. Ha publicado, entre otras novelas, *El gran invento del siglo XX* (Joaquín Mortiz), *Mi nombre es Casablanca* (Mondadori) y *La casa de las lobas* (Plaza y Janés).